

Las propuestas generadas en los últimos quince años del siglo por Villanueva, Elorduy y otros autores hicieron prácticamente obsoleta la danza simple bailable, muy popular hacia 1870 y 1880. El ejemplo de las *Tres danzas*, de Juventino Rosas, nos ayuda a entender este estilo: armonías por demás sencillas con un manejo constante de los grados I y V; uso incesante de un patrón rítmico sencillo en la mano izquierda, punto de partida indiscutible para el baile colectivo; melodías atractivas, directas y muy recordables; finalmente, una ausencia notable de todo elemento de elaboración, ya sea contrapuntístico, pianístico o rítmico. Este tipo de danza prácticamente tiende a desaparecer en los primeros años del siglo XX, ya sea por el interés que los compositores manifiestan por las diversas elaboraciones y estilizaciones del género, ya sea porque en los salones de baile nuevos géneros (como el *fox trot*) habían desplazado a la vieja danza emblemática del siglo anterior.

*Lágrimas de amor*, de Navarro, ejemplifica nuevos elementos que se agregan a la danza en los últimos años del siglo XIX, sobre todo pianísticos, tales como octavas, por lo que las danzas adquieren cada vez una mayor dificultad para su ejecución.

Samaniego, Lerdo de Tejada, Marín, Elorduy, Campos, Braniff y Rolón nos aportan algunos ejemplos de los ciclos de danzas de los primeros quince años del siglo XX, los cuales pueden llegar a altos niveles de complejidad tanto rítmica como armónica. Rítmica, muy asociada con los diversos formatos del son mexicano, estilizado a la manera de Samaniego en *Brisas mexicanas*, por ejemplo, y una gran complejidad y sutileza armónicas, como se puede apreciar en las *Dos danzas de salón*, de Marín.

El universo de estudio de las danzas para piano mexicanas es fascinante. Su conocimiento auditivo, teórico y musicológico nos ofrece parte del paisaje musical del porfiriato y nos ayuda a entender algunas de las maneras en las cuales los compositores entraron al universo del modernismo musical en nuestro país y las maneras en que lo “mexicano” se fue incorporando a nuestra música y a nuestra experiencia cultural. Son, sin lugar a dudas, pequeñas miniaturas imprescindibles para entender nuestra herencia musical decimonónica.